



Acrílico No. 1

42" X 54"

1989

Fanny Sanín

Colección de la artista

ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS

- El cometido ético de la universidad del siglo XXI

EL COMETIDO ÉTICO DE LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XXI

Federico Mayor Zaragoza*

Resumen: En este momento histórico de cambios y desequilibrio mundiales, el mundo necesita enormes esfuerzos solidarios, si quiere ser duradero. La solidaridad es expresión de tolerancia, de respeto a los derechos humanos y a la paz. La interdependencia y la mundialización han unificado el mundo de modo que ninguna justicia nos es ajena. La Universidad debe aceptar el desafío ético de comprometerse con la sociedad y favoreciendo la participación ciudadana en todos los ámbitos de la toma de decisiones. Sólo la educación, como proceso abierto a todos durante toda la vida, es garantía de una auténtica participación democrática en libertad.

Palabras clave: desequilibrio, solidaridad, tolerancia, globalización, interdependencia, comunidad, democracia, libertad.

Abstract: In this historic era of changes and unbalance, world needs huge efforts of solidarity to persevere. Solidarity means tolerance, respect to human rights and peace. Globalization and interdependence have unified the world to the point none justice is remote. The University is called to face ethic challenge with a firm commitment to allow for participation of community in all its decision making process. Only education, understood as an open opportunity to all during lifetime, warrants authentic democratic involvement in freedom.

Key words: unbalance, solidarity, tolerance, globalization, interdependence, community, democracy, freedom.

Résumé: En cette période historique de changements et de déséquilibres mondiaux, le monde a plus que jamais besoin d'efforts solidaires s'il aspire à la stabilité. La solidarité est l'expression de la tolérance, du respect des droits de l'homme et de la paix. L'interdépendance et la mondialisation ont unifié le monde de telle façon qu'aucune injustice ne semble exclue. L'université doit accepter le déficit éthique qui consiste à s'engager auprès de la société en favorisant la participation citoyenne dans tous les domaines de prise de décision. L'éducation seule, en tant que processus ouvert à tous tout au long de la vie, constitue une garantie de participation démocratique véritable et libre.

Mots Clef: déséquilibre, solidarité, tolérance, globalisation, interdépendance, communauté, démocratie, liberté.

* Biólogo, poeta y profesor universitario, Director de la UNESCO (1991-2001). Ha publicado poemarios: El fuego y la esperanza (1996), Terral (1997). Autor de varios libros sobre los derechos humanos, por ejemplo, La paz y la convivencia. Miembro de la Unión de Escritores de América. Actualmente Presidente de la Fundación Cultura de Paz.

imón Bolívar afirmó que “la educación es la clave de la libertad”. En ausencia de un desarrollo educativo adecuado, la participación ciudadana en la toma de decisiones resulta simbólica o inexistente. Sólo la educación permite cultivar esa “soberanía personal” que es garantía de una auténtica participación democrática. Sólo si logramos hacer realidad el ideal de “educación para todos a lo largo de toda la vida”, realizaremos con éxito la gran transición de la cultura de la fuerza y de la imposición, de la cultura de guerra y de violencia en la que estamos viviendo, a la cultura de diálogo, tolerancia y no violencia que propugnamos para el nuevo siglo: la cultura de la paz.

Al plantear la necesidad de un desarrollo endógeno, es necesario formular una exigencia ética de largo alcance. Porque la emoción que produce la experiencia humana es insustituible. Al “pienso, luego existo” de Descartes hay que añadirle ahora “siento, luego existo”. Porque somos lo que pensamos, lo que descubrimos, lo que inventamos, lo que amamos, lo que odiamos, lo que vemos, lo que soñamos, lo que recordamos, lo que olvidamos. Esto es lo que somos. La expresión suprema de la cultura es nuestro comportamiento cotidiano.

La libertad está asociada con la tolerancia, los derechos humanos, la paz y todos los valores vinculados al respeto mutuo. La solidaridad implica un paso más avanzado en esta línea. Vivimos en un mundo que necesita enormes esfuerzos de solidaridad si quiere ser duradero. Aprender a compartir, a trabajar con el vecino, a concertar, a negociar, a transferir nuestras riquezas, sean materiales o espirituales, es una condición necesaria del progreso humano. En consecuencia, necesitamos educar a las nuevas generaciones mediante experiencias que muestren que la solidaridad enriquece, que permite crecer y que no se trata solamente de repartir lo que sobra o lo que no necesitamos.

En la Universidad de Granada, medio siglo

antes de mi paso por su Rectorado¹, el filósofo español José Ortega y Gasset pronunció una conferencia en la que insistió sobre el carácter profundamente original de la institución universitaria. “Frente al poder político, que es la fuerza, y a la Iglesia, que es el poder trascendente –dice Ortega– la Universidad se alzó como genuino y auténtico poder espiritual: era la Inteligencia como tal, exenta, nuda y por sí, que por primera vez tenía la audacia de ser directamente [...] una energía histórica”.

Esta “energía histórica” sigue actuando hoy. Aunque estrechamente relacionadas con la vida política, económica y social, las tareas universitarias tienen un perfil propio, conforman una gama de actividades más vinculadas a la ética y a las convicciones vigentes que al utilitarismo y a la inmediatez ajenos a esos otros ámbitos de la existencia. Por eso me gusta insistir en que el cometido fundamental de la Universidad es pre-político o, si me permiten el neologismo, polético. Esta gran “conspiración” ética que propongo se basa en una movilización contra la violencia y sus causas profundas: la miseria, la exclusión, la ignorancia, la injusticia y la tiranía. Porque la paz es la condición sine qua non para que prosperen el desarrollo y la democracia, la premisa fundamental de la libertad y la equidad. Ningún derecho se puede ejercer en medio de la guerra y la violencia; ningún esfuerzo de transformación socioeconómica dará fruto en situaciones de conflicto.

En 1974, los países industrializados prometieron, en el marco de las Naciones Unidas, que dedicarían el 0,7% de su Producto Nacional Bruto a la ayuda para el desarrollo de sus vecinos menos afortunados. Desde entonces, las asimetrías y las desigualdades han seguido agravándose, incluso en los países donde el crecimiento económico ha sido más enérgico. Esto demuestra, entre otras cosas, que no hemos sabido cumplir nuestra promesa. Les hemos impuesto a los países pobres unas normas draconianas para la financiación de su desarrollo. Les hemos impuesto también nuestros modelos políticos, constitucionales, educativos y culturales, sin tener en cuenta la especificidad de cada pueblo y cada cultura.

1 Federico Mayor, autor de este artículo, fue rector de la Universidad de Granada (España) de 1968 a 1972.

Además, después los hemos tachado de corruptos, sin pensar que los ejemplos que proporcionábamos “desde la otra ribera” no eran precisamente paradigmas de honradez.

La inequidad vigente no sólo amenaza a los países más pobres: la interdependencia y la planetarización de las corrientes y las tendencias han unificado el mundo en que vivimos hasta el punto de que ningún conflicto, ningún peligro, ninguna injusticia nos ha de resultar ajena. La solución exige una profunda reforma estructural. El humanitarismo es, en el mejor de los casos, tan sólo un paliativo que no alcanza a eliminar las causas de la injusticia y la desigualdad que ponen en peligro nuestro futuro colectivo, ya que no puede haber paz mientras millones de personas vivan en condiciones infrahumanas. Incluso en los países desarrollados empieza a cumplirse la frase de Paul Valéry: “El futuro ya no es lo que era”.

Por eso, es preciso hacer una opción clara por el humanismo. No se trata sólo de una cuestión moral, sino también de la certeza práctica, fácilmente verificable, de que no hay soluciones simples para los complejos problemas de nuestra época. No se les pueden ofrecer a los decisores, aunque sea con la mejor voluntad, percepciones simplificadas de la realidad compleja. Hoy tenemos medios para hacerle frente a la complejidad.

El tratamiento a tiempo es la razón de ser del diagnóstico. En muchos aspectos –sociales, económicos, de medio ambiente– estamos reiterando los diagnósticos, estamos haciendo informes y más informes, porque no nos atrevemos a aplicar los medios correctos, los tratamientos adecuados, cada día más urgentes. La indispensable tarea de anticipación y prevención a la que estamos abocados viene a ser un esfuerzo de inversión en lo que podríamos denominar “intangibles sociales”. Un empeño callado –casi siempre invisible– de modular los valores, los usos y las creencias, que constituye el único medio de forjar un mundo más libre y más solidario, donde pueda alcanzarse el desarrollo pleno y armónico de las personas y de los pueblos.

A menudo se les ha reprochado a las universidades estar recluidas en una especie de “torre de marfil” y de actuar como elementos extraños con

poca influencia dentro su entorno social. Durante muchos años, las universidades, celosas de sus prerrogativas, han rechazado el diálogo y el intercambio con otros actores sociales, tal vez por miedo a que esta colaboración pusiera de manifiesto algunas de sus carencias. Sin embargo, la participación de todos en las decisiones que fijen el rumbo de la sociedad es una de las claves para afrontar los retos del futuro. No hay ciudadanía cabal sin participación efectiva en todos los ámbitos de la vida política de una nación. Cada cual, en la medida de su talento y de sus posibilidades, tiene el deber de aportar su contribución al esfuerzo común.

Globalidad, complejidad e irreversibilidad son, en mi criterio, las tres grandes pautas que deben guiarnos en la conciencia planetaria que hoy constituye ya la única base firme para asegurarles un porvenir más luminoso a nuestros hijos.

La complejidad del mundo actual no permite formular soluciones sencillas para estos problemas de extraordinaria amplitud. Un planeta de seis mil millones de habitantes, que viven en una interdependencia cada vez mayor y disponen de una tecnología cada día más refinada, no admite un análisis reduccionista que pretenda buscar una causa única de todos los males y, una vez identificada ésta, conseguir el remedio mágico –una suerte de bálsamo de Fierabrás– que curaría de golpe todas las aflicciones. En cambio, sí es posible concebir un conjunto de medidas parciales cuya aplicación tendría un efecto decisivo sobre esta gama de problemas que acabo de enunciar. Grosso modo, esas soluciones atañen a la gobernabilidad democrática, a la educación y la ciencia, a la cultura y el desarrollo duradero y a la construcción de la paz.

Las instancias e instituciones sociales y políticas deberían superar el día a día, las encuestas de opinión y la miopía del corto plazo y ser capaces de trazar los grandes cauces conducentes a un futuro más justo, pacífico y libre. ¿A qué se debe este silencio de los líderes, de los intelectuales? ¿Acaso las élites culturales y políticas no pueden ofrecer propuestas imaginativas para hacerle frente a la situación del mundo? ¿No pueden o no quieren? ¿O es que sin darse cuenta están pasando de sujetos responsables a objetos de la macroeconomía y de la macropolíti-

ca? ¿O es que buscamos afuera respuestas que sólo hallaremos en nosotros mismos?

El razonamiento económico, excelente si se aplica al ámbito de los negocios, no puede convertirse en ortodoxia que juzgue y decida sobre el resto de la vida colectiva. Hoy en día, la ortodoxia neoliberal, atenta sólo a los índices macroeconómicos, desdeña la existencia cotidiana de los ciudadanos y amenaza con propiciar el descontento popular. La "ley de hierro del mercado" genera una espiral de paro, empobrecimiento y tráfico ilícito que termina por socavar tanto a quienes la aplican como a los que la padecen. Tal vez sea posible aceptar, con los correctivos oportunos, una economía de mercado; pero una sociedad de mercado, desde luego, no. Y muchísimo menos una democracia de mercado. Por definición, estos intereses sectoriales no representan a la sociedad en su conjunto. Sólo los poderes estatales, elegidos democráticamente por la mayoría de los ciudadanos y supervisados por un sistema judicial independiente y eficaz, son capaces de orientar el desarrollo en beneficio de todos.

Ante este panorama político y social, ¿qué características debe revestir la Universidad del siglo XXI para cumplir con su cometido ético?

Primero: debe ser una institución basada en el mérito, como lo señala el artículo 26.1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: "todos tendrán acceso a la enseñanza superior en función de sus méritos". La calidad académica no se logra con profesores que adquieren prematuramente un puesto vitalicio; la seguridad de la cátedra puede ser un factor positivo, siempre y cuando el aspirante acredite primero el mérito que le asiste. El déficit de funcionamiento de la Universidad actual refleja un déficit conceptual. Las políticas de austeridad y ajuste estructural mal orientadas no contribuyen a remediarlo, porque se limitan a reducir el personal. Esta situación sólo puede aliviarse mediante la incorporación de mejor personal, profesores y alumnos.

Luego la Universidad debe ser autónoma pero estar dispuesta, en todo momento, a rendirle cuentas a la sociedad a la que sirve; debe asimismo ser una atalaya atenta al futuro, capaz de anticiparse a las tendencias negativas y de ofrecerles soluciones a los poderes públicos. Sólo con este enfoque pre-

ventivo lograremos transformar la Universidad en un centro dinámico que contribuya a hacer realidad el ideal de la educación permanente para todos. La puesta en vigor de una efectiva democratización de la enseñanza es requisito indispensable para lograr la participación de toda la ciudadanía en la vida política y social. "Participo, luego existo" es el principio neocartesiano de toda democracia. Si no participo, no existo como ciudadano.

Al tiempo que desarrolla estas tareas orientadas al futuro, la Universidad ha de ayudar a preservar el legado de las generaciones precedentes: la cultura y la naturaleza, tanto como las formas intangibles del patrimonio –tradiciones, ritos, fiestas y costumbres–; pero también el patrimonio genético y, sobre todo, el patrimonio ético. Este último, el patrimonio ético, adquiere cada vez mayor relevancia porque los valores que les dejemos a las generaciones venideras determinarán la arquitectura del mundo de mañana. Esta exigencia de conservar el legado del pasado, y aumentarlo, es una de las formas de inventar, de reinventar, de rehacer cada día el porvenir. Tenemos que vivir y transferir este sentimiento fundamental de pertenencia, de defensa de unos valores fundamentales que nos aúpan como seres humanos, que reflejan nuestra conciencia, que motivan nuestros actos.

Esta dimensión ética de la labor universitaria cobra especial relieve en esta época de rápidas transformaciones que afectan casi todos los órdenes de la vida individual y colectiva y que amenazan con borrar los puntos de referencia, con deshacer los asideros morales que les permitirían a las nuevas generaciones construir el porvenir. Ante la celeridad y el carácter negativo de algunas de estas tendencias, la Universidad ha de erigirse en baluarte de los valores esenciales del espíritu y en gran animadora de un movimiento ético que le devuelva a la inteligencia el sentido de la solidaridad y el compromiso. Porque, a fin de cuentas, "el riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil".

La comunidad académica tiene, en este sentido, una doble responsabilidad, derivada del caudal de saberes que posee y de su conexión estratégica con los sectores clave del desarrollo y la transformación socioeconómica. El conocimiento, que es la brújula

de la sociedad moderna, ha de fijar el rumbo de la acción. Pero, para saber hacia dónde vamos, es preciso que nos fijemos puntos de mira muy elevados. Como nos recuerdan los versos de uno de los heterónimos de Fernando Pessoa: "La luna brilla por igual en el mar y en los charcos pequeños, porque está suficientemente alta".

El "triángulo interactivo" que forman la paz, la democracia y el desarrollo sólo es efectivo cuando tiene por eje la educación y cuando está animado por la solidaridad y el sentimiento de justicia.

A medida que nuestra sociedad planetaria crece en tamaño y complejidad, los vínculos entre la nece-

sidad de compartir, la posibilidad de participar y la capacidad de prevenir resultan cada día más evidentes. Pero estos vínculos sólo serán fructíferos si somos capaces de forjar una Universidad abierta y dinámica donde la educación se lleve a cabo mediante el único método eficaz: la pedagogía del amor y del ejemplo. No hay otra pedagogía. Como nos recuerda el poema del poeta catalán Miguel Martí i Pol:

Días y días de callado sacrificio
no son sino el precio y la medida
de este amor que nos sostiene y estimula.■

